

PARAISO NEGRO

Madrid, Agosto 1958.

Yo había llegado aquella mañana a Tazamán, villorrio situado a unos sesenta kilómetros de la capital. Procedente de ésta, de donde había venido en ferrocarril, tomé un par de caballos y un guía, que me llevaron a través de la selva del Tampico.

Si no hubiera dispuesto de un guía tan experimentado como Salino me habría perdido sin remisión en aquellas intrincadas sendas. Las señales en los árboles que van haciendo los guías, unos para otros, son la única brújula que puede llevarnos a través de la espesa fecundada que brota incesante de la tierra roja que forma el suelo de la provincia de Vallarón.

Salino es joven, negro como un betún y paciente como Job. Va delante de mí, tirando de las riendas del animal de carga. La cola de éste va atada a las riendas de mi cabalgadura, un zaino viejo como Adán. Fué lo único que pude encontrar en el muerto pueblo. El otro animal es una mula tuerta que seguramente nunca había salido del pueblo. Cojea algo y se asusta de cualquier cosa. Encima lleva mi equipaje, pero como no es muy pesado y el camino desde el principio se promete de fatiga, he hecho que Salino monte a la matalona. Así hemos recorrido el valle de la Moderera, bronco y seco como las montañas del Cacto con una extraña sequedad ante la selva del Tampico, que se espesa repentinamente junto al estuario del Molote.

Salino es negro, triste y paciente. No habla. En selva, cuando un pájaro extraño deja oír su canto que siempre suena aquí con un ritmo metálico, yo busco con la mirada de dónde procede. Él se limita a extender el brazo en una dirección y yo veo al autor del canto. Una guacamaya amarilla, un brillante carbeo o una monera de grises apagados. Todo con la inquieta belleza de una selva muerta, una selva donde los cazadores han matado hace tiempo el oso, el jabalí y el antílope hem-

bra. Donde ya no queda una posibilidad de resurrección.

Hemos caminado todo el día sin apenas cruzar una palabra ni siquiera en la media hora que hemos tenido de descanso para reparar fuerzas. Al anochecer hemos llegado al Paraje del Lezo, mi punto de destino.

Es un terreno liso como la palma de la mano, situado en plena selva. Los primitivos árboles que allí existían fueron derribados. A su alrededor, con troncos lisos y paja lianosa, se construyeron hasta un treintena de cabañas.

Y la primera luz lunar alumbra la vaguedad fantasmal de una desolación. Solo quedan esqueletos de cenizas arrasadas. Las techumbres ardieron primero, propagándose el fuego a las paredes troncosas, de las que sólo restan algunas maderas ennegrecidas, la mayoría derribadas.

Aquello fué en tiempos un pueblo de negros, que un día fué arrasado por hombres blancos. Hombres blancos que hicieron la guerra al venado, al oso, al alce, en suma, a la comida del negro, que tuvo que luchar para defender su alimento. El pueblo negro sucumbió en la pelea. Sucumbió para siempre. Unos murieron; otros huyeron para no volver.

Hace calor. Nos hemos parado en el borde, junto a un árbol gotoso de sangre blancuzca, donde Salino, con su cuchillo, hace la última señal, la señal de llegada, que es ya innecesaria. El, sin embargo, ahonda en la dura madera con una especie de furia, como queriendo encontrar la entraña caliente donde respira la savia. El árbol respira hondo por fin, soltando en abundancia un líquido inodoro, sucedáneo de la resina. El negro dilata su pecho, respirando con fuerza. Luego sus ojos inmóviles de carbunclo se vuelven a la rotonda arrasada.

En el centro hay un poste, de seguro destinado a sacrificar los animales guardados para el día de las ofrendas y que luego aquel pueblo guerrero y cazador declinaba para el sustento del dios.

Enfrente de nosotros, detrás de las viviendas, hay un gran espacio donde Salino me indica era el cerrado donde se guardaban los animales vivos, cazados con trampas, que un día se cocerían en las grandes ollas que ahora yacen tiradas sobre el terreno. Lanzas, potes de barro, adornos de colores, banastas de mimbres, lanzas de orín, escudo de herrumbre, el suelo aparece sembrado de objetos fenecidos. Grande capas de polvo lo embalsaman todo. Hay, sobre el poblado que fué un hito de desolación, de muerte serena e irremisible. Salino lo mira todo con sus ojos grandes inmóviles, pero una contracción de su boca, junto con la muerta serenidad de su mirada, traicionan su emoción.

-¿Qué tiempo hace que pasó?

- Quince años - dice, sin mirarme, con los labios endurecidos y una mezcla de ira y punzante dolor. Sigue hablando con una furia fría - Yo tenía diez. Me fuí por la selva, con cuatro más como yo. Los únicos varones que escapamos de la matanza. Todos los otros murieron. Los blancos mataron a todos los machos. No querían que siguiéramos viviendo. Sólo dejaron a las mujeres y a las niñas y a los viejos que no podían ya ser padres. Luego los empujaron a la selva. Allí murieron casi todos.

Yo conozco toda la historia, porque por eso he venido solo aquí. Pero quiero escucharla de este ~~es~~ hombre que la presencié. Salino se ha agachado sobre la tierra y sus labios la han besado. Luego ha abierto la boca y ésta se le ha llenado de polvo. La ha vaciado luego lentamente con la lengua, en un rito resignado de dolor, de pudor y

de rabia expiatoria.

- Venga - me dice, tirando repentinamente de mi cabalgadura.

Yo prefiero bajarme. Le sigo. Atravesamos el redondel.

Mis ojos lo miran todo. Polvo aguanoso en algún charco, barro caído comido sobre ruinas. Llegamos al extremo opuesto y penetramos en la selva. Los labios de Salino los veo temblar. Una agitación sombría le sacude el cuerpo.

- ¡Venga, venga! - grita.

Y, sin embargo, su paso es lento y ya hace cinco minutos que yo ando a su lado. ¿A quién grita? ¿Qué viejos fantasmas le gritan en el alma a este negro que me guía a algún sitio extraño?

La luna lo ilumina todo con su claridad de estaño. Parede colgada de las ramas más altas de los árboles y yo casi tengo miedo. Al cabo de diez minutos llegamos a un claro pequeño, donde ya crecen arbustos ferozmente agarrados a la tierra arrasada con blanco polvo de huesos. Hay allí tibias, falaveras, venablos de orín, escudos de herrumbre y fusiles rotos. En toda la extensión perdura una atmósfera calcinada temblorosa de osario.

El negro me ha cogido de la mano. Su voz se ha vuelto serena y solemne ante los viejos muertos.

- Aquí murieron todos los varones que podían luchar. En su último combate. Los hombres blancos tenían fusiles. Nosotros, ellos, mis hombres, sólo tenían venablos y flechas y ~~huesos~~ huesos fuera blancos, no negros.

Se volvió hacia mí, mirándome con fijeza.

- Usted es un hombre blanco. ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Qué nos quedan ya ni piedras ni animales. Esto fué un pueblo, un pueblo de negros que estorbaba a unos hombres blancos. Después de la última

lucha fueron a la aldea y delante de las mujeres mataron a los hijos varones, desde los que corrían para hacerse ~~hombres~~ hasta los que todavía bebían la leche de sus pechos. A muchas tuvieron que matarlas. Pero nos salvamos cinco. Nos salvaron ellas. Y todos somos padres, muchas veces padres. Y un día volveremos. Y seremos de nuevo guerreros y cazadores. Pero tendremos fusiles y habremos aprendido a matar hombres blancos. Y la selva de estos huesos...

Cogió uno y lo contempló entre sus dedos negros. Dijo muy suave

- Y la selva se llenará de huesos de hombres blancos. Nosotros éramos felices. No pedíamos nada, sólo vivir. Guerreábamos con otros negros, pero sólo para vivir y nuestros hombres morían en la lucha como morían los hombres de otras tribus. Pues cada hombre podía hincar su lanza y defenderse con su escudo. La lucha era hermosa y cruel.

- Pero aquello acabó. Vinieron los malditos hombres blancos y nos enseñaron a matar. Ellos venían buscando piedras, pedruzcos que nosotros de siempre llevábamos al cuello. Al principio todo fué bien Pero cuando no encontraron más ni nosotros queríamos cambiar los que llevábamos porque era nuestra suerte de guerra, porque nos protegían los hombres blancos se volvieron locos, empezando a matar. Cada vez venían más y no había alimentos ya y empezaron a cazar nuestros alces nuestros antílopes, lo que desde siempre había sido nuestro sustento Y todos empezamos a pasar hambre, a luchar, a matar. Salíamos al amanecer de caza, recorriamos toda la selva que va desde Kambuya hasta Levaza y volvíamos a la noche sin nada que colgar del arco donde crepitaban las llamas esperando siempre la comida, la comida, la comida

Depositó el hueso a sus pies, reverente. Extendió la mano derecha, abarcando todo el alrededor.

- Este cementerio y aquél continuarán así hasta que venga una

familia grande que sepa defenderse y vivir y matar. Hasta entonces espere-
raremos. Volveremos a ser nuestro viejo pueblo que desapareció. Pero ya
no tendremos caza, sino recuerdos de los muertos y de los asesinos.

El negro calló. Su melancolía desesperada en aquella noche doliente y muerta, me impresionó. Yo conocía toda aquella caravana de horror, de dolor y de muerte.

- Vamos - le dije.

Se irguió cuan alto era y sus ojos se fijaron en una estrella alta que titilaba suave sobre el cielo marino. Sus labios se agitaron como en una plegaria. Parecía un oferente suplicando a una divinidad potente y misteriosa, suspendida en el parpadeo de su noche.

Al día siguiente, muy temprano, hice que Salino me condujera a la desembocadura del Molote. Cruzamos cinco kilómetros de selva hasta que la cada vez más húmeda vegetación me indicó el nacimiento del río. Yo iba estudiando las especies arbóreas y me iba convenciendo cada vez más de la buena norma de nuestro proyecto. Allí existía una incalculable riqueza en madera que no se agotaría nunca y que podría servir para la construcción de numerosas instalaciones profesionales. Las secoyas; las almenaras, los cauvaños, toda una floración abundante de gigantesco crecimiento, iba jalonando nuestro camino. Con dificultad nos abríamos pas-

El ruido del río se dejaba oír aun a bastante distancia. Sus ondas sonoras atravesaban el paisaje como un lejano magir de bisontes. Al fin le avistamos.

No llevaba mucha agua, pues el ruido que produce viene más bien de la inclinación de su fondo que del caudal que lleva. Sus aguas, desde que se inician, toman los profundos desniveles del suelo y arrancan co-

tremenda fuerza desde la desembocadura. Luego se van aumentando con los pequeños brazos acuosos que inundan la ribera opuesta.

Salino iba a mi lado pensativo. Yo le observaba, queriendo adivinar sus pensamientos. Desde que la noche anterior me contó la historia que yo ya conocía, no dejaba de dar vueltas en mi pensamiento a lo que me había referido, intrigándome su aparente confianza conmigo, en oposición con su profundo odio al blanco.

Cuando llegamos, amarramos las cabalgaduras a un enorme zebote que crecía junto al nacimiento y mientras él me observaba, yo saqué del interior del morral todos los instrumentos necesarios para mi trabajo. Calculé la fuerza del agua y su desnivel en la desembocadura; luego, siguiendo su curso, recorrimos unos dos kilómetros hasta que pude comprobar que el desnivel sucesivo del terreno permitiría el logro de nuestro proyecto. Luego subimos al punto de partida. Era aproximadamente mediodía.

Salino se mostraba impenetrable, con sus ojos fijos en todos mis movimientos. Después de cemar, atravesamos el río por medio del vado, seguidos de nuestros animales. Ya en la ribera de enfrente, nos internamos en una selva más espesa que la que habíamos recorrido. Era húmeda y caliginosa. Los brazuelos marinos que la inundaban la convertían en un mapa orillado de venas acuosas. Allí proseguí mis observaciones, esta vez terrestres, hasta que el sol, bajando lentamente, se dedicó a tirar sus rayos horizontales entre las hojas de los árboles.

Aquella selva se encontraba igualmente poblada de animales exóticos, pero no ví ni un jabalí, ni un alce, ni un venado, nada esencialmente comestible.

Salino iba paciente detrás de mí, como un guardián o un espía;

Habíamos dejado a las bestias atadas en un sitio que se ofrecía algo menos espeso y que estaba próximo al río y nos habíamos internado siguiendo el primer brazuelo de agua que encontramos y que desembocaba, como todos, en la cada vez más gruesa corriente del Molo-te. Resultaba tan fácil perderse que hizo que el negro no se apartara en ningún momento de mi lado. El lo cumplía a las mil maravillas observando todos mis movimientos con sus amaderados ojos de ídolo.

Era casi anochecido cuando terminamos, mejor dicho, cuando terminé yo. Buscamos un acomodo en la orilla del río, al pie de un secoya viejo, a cuyo tronco trasladamos las bestias. Yo me encontraba cansado. Salino estaba sombrío.

- Salino - le pregunté sin mirarle - ¿querías vivir pronto en tu antiguo poblado, junto con todos tus hermanos?

Me miró estremeciéndose, pero no dijo una sola palabra.

- ¿No te has preguntado qué podía hacer yo, en esta selva?

- Esperaba que usted me lo dijera - contestó. En su cara no se retrataba ninguna emoción.

Fruncí el ceño, intrigado.

- ¿Por qué? - pregunté.

El miró al río con sus ojos inescrutables.

- Dígamelo.

Yo aclaré mi garganta. Creí preferible hablar.

- Yo soy un técnico de una Compañía muy fuerte, una sociedad de la capital que se llama La Nueva España. Esta compañía se dedica al abastecimiento de energía eléctrica en toda la parte sur del país. Como sabes, existen hasta una docena de pueblos repartidos por la costa, que carecen de luz eléctrica. Sus habitantes viven como hace dos siglos, con candiles, velas y antorchas en las ca-

monias públicas. Y el Gobierno ha decidido que eso no debe continuar. Es necesario que los pueblos se beneficien de los inventos modernos.

- ¡Para qué? Nosotros vivíamos felices sin luz eléctrica...

Su acento cortante me ha desconcertado. Sigo hablando, a pesar de todo.

- Bueno, eso no es un problema a discutir ahora. Lo esencial es que aquí, con los grandes desniveles del río, puede formarse un buen salto de agua inmediatamente aprovechable para iniciar la producción de luz. Te hablo de esta manera porque creo entiendes lo que quiero decir, ¿no es así?

El negro ha meneado la cabeza, sombrío.

- Los hombres blancos no han traído nada bueno a estos lugares.

- Los hombres blancos, Salino, compréndelo, se componen de muchos millones de personas. Unos hombres blancos arrasaron tu pueblo, pero otros hombres blancos pueden ayudarte a reconstruirlo. Sé que sois ya más de cien los que vivís en el pueblo en las casuchas más miserables, esperando ser algún día lo bastante numerosos para poder vivir solos. Yo sabía toda vuestra historia; por eso he venido solo. Para que me puedas matar si quieres, para estar lo más indefenso posible, sin armas. Para poder darte la oportunidad de que me puedas matar ahora. Ya sé que estoy en tus manos. Tú eres mi guía y mi amenaza. Si yo te mato, nunca podría llegar a Tazamán. Moriría en la selva de hambre y sed. Pero si tú me matas, nadie sabrá nunca nada.

- Yo te ofrezco la reconstrucción de tu pueblo. Aquí hay madera más que sobrada para reconstruir tu poblado tal como era antes; Podréis seguir vuestra vida de siempre. Tu pueblo será de nuevo joven, victorioso e intrépido. Podrá renacer de aquella metaniza que lo anquiló, gracias a tí. Pero no podréis vivir ya de la caza, porque

ya no existe. Pero podéis ayudarnos a nosotros en nuestro trabajo. Se iniciará la repoblación de la selva, algún día no lejano seréis independientes y libres por medio de vuestro trabajo de hoy. Existirá de nuevo la caza, la guerra contra el animal veloz y salvaje y entonces el espíritu de antaño renacerá y volveréis a ser totalmente libres. Levaza volverá a resurgir.

Hubo un gran silencio. Los labios de Salino temblaban. Se levantó presa de una violenta agitación. Anduvo unos pasos, riendo.

- Usted es un hombre blanco y los hombres blancos sois todos unos mentirosos y unos crueles hombres. No queréis más que dinero, dinero y dinero. No hay ninguno que sea bueno entre vosotros. Tú eres también un cochino mentiroso; tienes la lengua de la víbora. Crees que soy un estúpido. Créeme, casi me habías convencido. Pero tenéis todos la lengua falsa y podrida.

Yo le miraba, asombrado de su transformación. Tenía en los labios una sonrisa perversa. Los dientes, muy blancos y afilados, se destacaban como pedacitos de coco en la cara negra. En sus ojos brillaba una llama calenturienta, como si hubiera bebido y su cabeza nadara todavía en un lago de alcohol. El leyó mis pensamientos.

- Si no hubiéramos estado juntos estos días, dirías que estoy borracho. Sí, tienes razón, lo estoy, pero borracho de odio y de maldad. No sé cómo vivo de lo envenenado que estoy. Pero, te voy a contar algo ¿Qué te parece una linda historia de amor? Como observarás, soy un negro muy inteligente que se expresa bien y la historia, además, puede ser interesante. Escucha, blanco.

Se había sentado frente a mí. Su risa burlona fué lentamente desapareciendo, mientras una expresión cansada invadía su rostro.

- La causa de nuestro exterminio fué, junto a la codicia y el ham-

bre, el amor, un amor sucio y sexual. Un hombre de los tuyos, un blanco tan asqueroso como todos, conoció a una muchacha negra y se prendió de ella. La amó ¿no te ríes? Un hombre cincuentón, vicioso y bestial se enamoró de Gali, la flor de la tribu, la muchacha más hermosa de Levaza. Y ella estaba enamorada y prometida al joven Zentor, buen cazador, bravo y hermoso como el tigre. Se querían apasionadamente y la consagración de su amor tendría lugar cuando cayeran las primeras lluvias; ¡Qué romántico! ¿verdad? ¡Si hasta parece una fábula!

- Pero aquel cerdo vino al poblado con la piel de la oveja y se hizo amigo de todos, principalmente de Zentor. Trajo regalos a los jefes y halagos y buenas palabras para todos. Un día aprovechó que Zentor no estaba y propuso a Gali que se fuera con él, el muy puerco. Para ella una negra es algo indigno de llamarse mujer. Ella le rechazó y Sandor, el hombre más sabio de la tribu, lo echó con muy buenas palabras. El hombre blanco no se conformó. Reunió a tres amigos suyos y una noche, cuando todos dormían, raptaron a Gali, matando a dos centinelas.

- El amanecer trajo trajo terribles sorpresas. Se convocó consejo. Unos cuantos guerreros, acaudillados por Zentor, fueron al poblado blanco a reclamar aquellos hombres a sus jefes. Pero ya entonces escaseaban los pedruzcos y la caza. Todos fueron muertos menos Zentor, que consiguió huir. La muchacha había servido de juguete a los cuatro amigos. Luego la abandonaron en la selva y ella se mató.

Los ojos del negro se hicieron nostálgicos, evocadores, huyendo por un momento de ellos su crueldad.

- Elle era hermosa, tan hermosa como una gata joven, tan bella como una flor que anida entre cactus. Y cosa extraña, ningún animal la tocó antes de que la encontráramos. Su cuerpo estaba intacto. Gali tuvo funerales de guerrero muerto en batalla. Y Zentor se casó con ella aque-

lla noche, aunque estaba muerta y había sido mancillada.

- Al amanecer del siguiente día fuimos en busca de los cuatro hombres. Los sorprendimos en su refugio y los trajimos al poblado. Delante de sus ojos y ante los muertos ojos de Gali, ataviada como esposa de Zentor, hicimos sus propios funerales. Después, cada guerrero, armado de cuatro lanzas, fué clavándola en el cuerpo de cada hombre blanco, atado a un poste. El primero fué Zentor, porque era su derecho. Así se cumplió la justicia. Pero aquello fué el polvorín que hizo estallar la guerra. Los otros hombres blancos vinieron a reclamar aquellas vidas. Nosotros les entregamos los cuerpos como habíamos recibido el de Gali. Después, vino la gran batalla en la que fuimos destruídos.

Levantó la cabeza y se puso de pie. Su respiración era agitada.

- ¿Comprendes, hombre blanco, que me parezcas estúpido cuando me hablas de trabajo, de paz y de amor? ¡Yo respiro guerra, guerra, odio y sólo odio!

Miraba hacia adelante, respirando con angustia. Su pecho se agitaba con un blando estertor. Dió unos pasos y sacando su cuchillo, lo clavó con fuerza en el árbol más próximo. Hasta la empuñadura. Luego lanzó un grito ronco, de sador y maldad.

Yo me levanté y me puse a contemplar el río y su agua tranquila, huyendo de mis propios pensamientos. Aquel episodio yo no lo conocía. La violación y el suicidio de una negra y después, la venganza. Y a continuación la guerra, el odio, el exterminio. La terrible historia de un pueblo en lucha con las fuerzas superiores que lo habían aniquilado.

Me volví, preguntando: - ¿Qué quieres hacer ahora, Salino?

El me miró a los ojos. Luego sacó el cuchillo del árbol y se me

acercó. Yo tuve miedo porque en su mirada sólo existía una implacable resolución.

Me agarró el cuello de la camisa con la mano izquierda y de un tirón me la rajó, descubriendo mi pecho.

- Tienes miedo - se rió.

Yo lo miré a los ojos, sin moverme. Sólo apreté la boca.

- Sí - dije - tengo miedo. Mucho miedo. Yo no soy un bravo guerrero como tú. Soy un técnico en saltos de agua.

El apoyó la punta del cuchillo sobre mi pecho y pinchó un poco. Una gota de sangre salió. El la miró, fascinado. Luego sus ojos me miraron el pecho desnudo, el pecho de un hombre blanco. Su mirada subió por el cuello hasta los ojos.

Hubo un minuto de una tensión insoportable, aguda y dolorosa como el cuchillo que me amenazaba. Mi cuerpo empezó a sudar por todos sus poros. En mi frente sentía una sábana acuosa y mi corazón latía desordenado. Por las axilas me chorreaba el líquido viscoso invadiéndome las piernas a través de las nalgas y el sexo. Pero mis ojos no se apartaban de los suyos. El los entornó.

- Te burlas - dijo - Eres valiente porque tienes mucho miedo y el miedo no te hace encogerte y huir, sino esperar. Puedo clavarte mi cuchillo del todo.

- Creo que hay algo que no tiene nada que ver con el color de la piel - dije.

Sus ojos me miraron con un relámpago cruel. Luego se apagaron, en una mezcla de ira, tristeza y dolor.

- Es estúpido tener siempre fe - dijo, tirando el cuchillo - Aquellos guerreros míos sólo sabían matar de una manera.

- 14 -

El salto de agua del río Molote ha sido ya aprovechado hasta sus últimas consecuencias. Todas las ciudades tienen ya luz eléctrica, al cabo de estos diez años en que hice la amistad con Salino, mi antiguo guía.

El es el jefe de su tribu, en cuyos alrededores selváticos empieza ya a existir la caza como en sus mejores tiempos. Como los panes y los peces bíblicos, los hombres se han multiplicado en el paraíso negro.

Madrid, Agosto 1958